

# Homenaje a Eliseo Diego

PÍO E. SERRANO

Esta revista se va construyendo sobre la base de una serie de sucesivos e impostergables encuentros. A esta cita no podía faltar la poesía de Eliseo Diego, la contenida calidez de su escritura. Este homenaje quiere recordar al poeta fundacional de *En la calzada de Jesús del Monte*. Recordar no es otra cosa que volver a pasar por el corazón. Ello será posible gracias a sus poemas inéditos que anteceden, a la ternura testimonial de Josefina de Diego, a la breve y luminosa correspondencia entre Eliseo Diego y Gastón Baquero, al sustantivo registro de Rafael Almanza, y a las revelaciones que Julio E. Miranda nos entrega sobre su prosa.

Desde *En la calzada de Jesús del Monte* Eliseo Diego se convirtió en uno de los centros de irradiación más genuinos de la sensibilidad cubana. Allí, y en los títulos que le sucedieron, se encuentra esa *realidad entrañable* que es la auténtica materia que informa la poesía. La siempre melancólica palabra de Eliseo palpa una memoria que a todos alimenta: el retrato de Céspedes, *tan llamado el maestro, y tan derecho*; la imprescindible estampa de la República, *contra la nada estará la República*; la profunda extrañeza de esos pueblos olvidados de su nombre, *despacio iremos por los almacenes de su vida*; el inadvertido rincón donde se oculta todo esplendor *que me ciega y él desdeña*; las mínimas versiones que encierran un obstinado enigma, *la muerte –de antiguo dril– vira la cara*; el muestrario de un mundo que se inscribe en la página y *en el prodigio feliz / de la memoria*; las fantásticas noticias que deposita en nosotros la Quimera, *todo fue un juego –susurró–, acuérdate, todo era jugando*; los delicados días de tu vida, en la que *es necesario hacerlo todo bien, para dejarnos el tiempo, todo el tiempo*; la avidez de un espejo que refleja *tanta sombra / –tanta*; el inventario de asombros, páginas en blanco, crepúsculos, y de esa hospitalaria muerte, *pradera enorme*; el quizás y el quién sabe si *la risa del niño que escucho alejarse allí afuera –susurro para mí– tal vez no sea en realidad risa de niño, sino la estela irónica de Li Po, mientras se pierde...*; el empecinado cuatro de oros que repite, incorregible, *la eternidad por fin comienza un lunes*; y, en fin, esos poemas al margen, *levísimos fantasmas, lo que se dice a solas, José –José riéndose*.

En una esquina siempre Eliseo, lejos del clamor, de lo excesivo. Y no es que se tuviera poca estima; era en verdad humilde. La poesía es una formidable escuela de inseguridad e incertidumbre; nombra sólo un resplandor fugaz, un desconcierto. Después, *el crujir del tiempo, nada más*.